

Una mañana del octubre del año 1933, el Madrid, carcomido por las lacras liberales y marxistas, contempló admirado cómo un grupo de españoles se reunían para escuchar las palabras de un joven prodigioso — José Antonio — que angustiosamente iba exponiendo una nueva doctrina de redención nacional.

La voz del Elegido cautivó para España al auditorio del teatro de la Comedia y después de pronunciar unos categóricos «queremos», expresión rotunda y definitiva de la voluntad justiciera e imperial de España, un bosque de brazos extendidos saludaron por primera vez al esplendoroso destino de la Patria.

A partir de entonces quedó redescubierto el rumbo glorioso que corresponde a España y cada uno pudo sentir su misión y su quehacer para devolver a la Patria por las rutas abandonadas de la grandeza y de la justicia.

Desde aquel momento una santa inquietud llenó los jefatura de José Antonio, se pusieron en marcha para pechos de los mejores españoles que, unidos bajo la rescatar el ser auténtico de la nación de las manos mercenarias de los internacionalistas y liberales que lo detentaban. En el camino fueron dejando la existencia material los más escogidos y selectos de la azul comitiva, trocando la vida por la guardia de los luceros, ante la vergüenza de que una bala asesina y marxista les hubiese mordido su corazón dolorido por España.

Y cuando el grito de cruzada estremeció la geografía castellana, cien mil brazos vestidos de azul se levantaron para saludar al Caudillo que había de conducirlos a la victoria.

Pero el César joven, el Fundador, estaba en poder de la sanguinaria y repugnante bestia marxista. El trágico y luctuoso desenlace no se hizo esperar. Tembló el orbe hispánico ante el alevoso asesinato del mejor de sus hijos, y un nuevo lucero, de brillo incomparablemente superior a los demás, iba a posarse en una mitología sideral que alienta a los corazones católicos y falangistas.

Ahora, cuando los restos de José Antonio reposan impasibles en el imperial monasterio de San Lorenzo y cuando todavía está incumplida su doctrina, juramos por su memoria y por la sangre que nuestros mejores derramaron, no parar hasta que lo que él divisó en sus imperiosos principios, sea realidad bajo el caudillaje de Francisco Franco, el hombre providencial que guía los destinos de nuestra Patria.



GRACIAS POR TU EJEMPLO. QUE DIOS TE DÉ SU ETERNO DESCANSO Y A NOSOTROS NOS NIEGUE EL DESCANSO HASTA QUE SEPAMOS GANAR PARA ESPAÑA LA COSECHA QUE SIEMBRA TU MUERTE.

(Palabras de José Antonio, con motivo de la muerte del camarada Matías Montero, año 1934)